



*Reflection from the Pastor, Fr. Crespo Lape, MJ*

*Fourth Sunday of Easter*

**“Entering the Gate and Listening to the Voice that Gives Life”**

Our readings this Sunday ask us a direct and unsettling question: *Who truly rules our lives?* Not in theory, not in words we recite, but in the concrete choices we make every day—especially in difficult times and challenging moments.

In our First Reading, Peter’s proclamation is stark and uncompromising: *“God has made both Lord and Christ, this Jesus whom you crucified”* (Acts 2:36). The crowd is shaken—*cut to the heart*. This reaction is crucial. To accept Jesus as Lord is not an emotional assent but a decisive turning of one’s life. It demands repentance, baptism, and a reordering of loyalties.

This truth speaks powerfully into our present social situation. We inhabit a landscape crowded with competing “lords”—ideologies, personalities, systems, and narratives that promise safety or progress but often deepen division and fear. To confess *Jesus is Lord* is therefore a countercultural act. It means that no power, no rhetoric, no national or personal interest stands above the Gospel’s demands.

The Second Reading deepens this challenge. Saint Peter writes not to idealists but to believers who are suffering unjustly: *“If you endure when you do right and suffer for it, this is a grace before God”* (1 Pt 2:20). Patience and endurance are not resignation; they are participation in Christ’s own way of being in the world. Jesus did not answer violence with violence, nor injustice with hatred. He entrusted Himself to the Father.

The Gospel provides the unifying image: the gate. Jesus declares, *“I am the gate. Whoever enters through me will be saved”* (Jn 10:9). A gate is a place of discernment. It separates truth from deception, life from destruction. Jesus contrasts Himself with thieves and bandits—voices that bypass truth, manipulate fear, and promise life while delivering loss. The sheep recognize the shepherd not by force, but by familiarity with his voice.

Brothers and sisters, to confess that Jesus is Lord is not just expressing a slogan but a surrender—a decisive choice that cuts to the heart and reorders our lives. In a world crowded with false gates and noisy voices, Christ alone is the true gate who leads to life, and His voice is recognized not by force but by fidelity. To follow Him means repentance when truth demands it, patience when doing good is costly, and endurance when suffering is unjust. Above-all, this is grace in its highest form. Amen.

*Reflexión del Pastor, Padre Crespo Lape, MJ*

*Cuarto Domingo de Pascua*

**“Entrar por la puerta y escuchar la voz que da vida”**

Nuestras lecturas de este domingo nos plantean una pregunta directa e inquietante: ¿Quién gobierna verdaderamente nuestras vidas? No en la teoría, no en las palabras que recitamos, sino en las decisiones concretas que tomamos cada día, especialmente en los tiempos difíciles y en los momentos de prueba.

En nuestra Primera Lectura, la proclamación de Pedro es tajante e inquebrantable: «Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien ustedes crucificaron» (Hechos 2:36). La multitud queda conmocionada; se sienten traspasados en lo más hondo del corazón. Esta reacción es crucial. Aceptar a Jesús como Señor no es un mero asentimiento emocional, sino un giro decisivo en la propia vida. Exige arrepentimiento, bautismo y una reordenación de las lealtades.

Esta verdad interpela con fuerza nuestra actual situación social. Habitamos un paisaje abarrotado de «señores» rivales: ideologías, personalidades, sistemas y narrativas que prometen seguridad o progreso, pero que a menudo profundizan la división y el miedo. Confesar que Jesús es el Señor es, por tanto, un acto contracultural. Significa que ningún poder, ninguna retórica, ningún interés nacional o personal se sitúa por encima de las exigencias del Evangelio.

La Segunda Lectura profundiza en este desafío. San Pedro no escribe a idealistas, sino a creyentes que sufren injustamente: «Si soportáis cuando hacéis el bien y sufrís por ello, esto es una gracia ante Dios» (1 Pe 2:20). La paciencia y la perseverancia no son resignación; son participación en el propio modo de estar de Cristo en el mundo. Jesús no respondió a la violencia con violencia, ni a la injusticia con odio. Él se confió al Padre.

El Evangelio nos ofrece la imagen unificadora: la puerta. Jesús declara: «Yo soy la puerta. Quien entre por mí se salvará» (Jn 10:9). Una puerta es un lugar de discernimiento; separa la verdad del engaño, la vida de la destrucción. Jesús se contrapone a los ladrones y bandidos: voces que eluden la verdad, manipulan el miedo y prometen vida, pero solo traen consigo la pérdida. Las ovejas reconocen al pastor, no por la fuerza, sino por la familiaridad con su voz.

Hermanos y hermanas, confesar que Jesús es el Señor no es meramente pronunciar un lema, sino realizar una entrega: una elección decisiva que cala hasta lo más hondo y reordena nuestras vidas. En un mundo abarrotado de falsas puertas y voces ruidosas, solo Cristo es la verdadera puerta que conduce a la vida, y su voz se reconoce no por la fuerza, sino por la fidelidad. Seguirlo implica arrepentimiento cuando la verdad así lo exige, paciencia cuando hacer el bien resulta costoso y perseverancia cuando el sufrimiento es injusto. Por encima de todo, esto es la gracia en su forma más sublime. Amén.